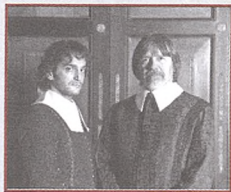




El encuentro de Descartes con Pascal joven De Jean-Claude Brisville

PÉREZ-CASTILLA, JAVIER



EL DENOMINADO teatro de ideas siempre supone una apuesta arriesgada. Se trata de un reto dramático que, además de la calidad literaria del texto, evidencia la pericia y el oficio de los actores.

Dicho de otra forma, una obra buena de esta índole en manos de torpes intérpretes está abocada al fracaso. Por ello, no es recomendable asistir a representaciones del tipo de obras que comento a cargo de actores poco hechos. Sirva de modesta advertencia para los entusiastas directores de compañías aficionadas que, no poseyendo personas aptas para papeles de tanto calado, se lanzan al vacío de forma temeraria.

Naturalmente, este no es el caso de la obra que nos ocupa. El nombre de Josep-Maria Flotats ofrece garantías suficientes para disfrutar de una representación de calidad. Desde hace muchos años, su nombre es sinónimo de un profesional que nunca defrauda. Baste decir, para obviar otros elogios, que a mi juicio es el mejor actor español en activo. Él es el responsable de la versión y dirección de El encuentro (Teatro Español, de Madrid). Asimismo interpreta el papel de René Descartes, uno de los dos personajes que comparecen en escena. El otro, Pascal, es llevado a las tablas por un actor más joven, Albert Triola, que no desentona con su compañero.

La obra se basa en un encuentro real que, allá por el año 1647, reunió a dos grandes filósofos, los citados Descartes y Pascal. El tema, que podría ser una mera anécdota, sirve a Brisville para reflexionar sobre la vida, la religión, las mujeres, en fin, sobre el mundo. Y considero acertado contraponer el escepticismo de un Descartes maduro (51 años) a la radicalidad y el apasionamiento propio de un joven Pascal (24 años).

No conozco con precisión algunos extremos del pensamiento de estos genios, aunque intuyo que algunas opiniones de los personajes no se ajustan demasiado con la literalidad de los escritos que nos han legado. Eso da igual. Lo desazonador es enfrentarse a la incomprensión de parte del público. Digo esto porque, una vez acabada

la obra, me crucé con un espectador, que se identificó como profesor de filosofía, que comentaba indignado el poco rigor de la obra. Algo tan ridículo como quien pretende hacer una tesis doctoral sobre Quevedo documentándose con El caballero de las espuelas de oro; o bien quien se arriesga a escribir un ensayo sobre la antigua Roma según la película Gladiator. ■

LA COMEDIA NUEVA O EL CAFÉ De Leandro Fernández de Moratín

AGRADA que el repertorio del teatro Pavón, sede de la CNTC, se abra al siglo XVIII. Ya lo pudimos disfrutar con los sainetes de Don Ramón de la Cruz y, ahora, con La comedia nueva de Moratín. En esta ocasión el reto es mayor, si cabe, puesto que esta obra, tan cargada de ideas obsoletas y lastrada de una preceptiva literaria que, como casi todo, ya ha envejecido, presenta notables dificultades para su representación.

En primer lugar, el contenido de La comedia nueva no aborda un tema que pueda apasionar al espectador medio. Se trata, como muchos saben, de un texto sobre crítica literaria, que propone el modelo neoclásico de las famosas tres unidades, al tiempo que critica la artificiosidad y grandilocuencia de los dramas que triunfaban en los coliseos del siglo XVIII.

Además no ayuda a despertar el interés del público del siglo XXI el respeto a la unidad de lugar, ya que la obra se desarrolla enteramente en el interior de un café.

Si a lo anterior unimos unas referencias literarias y un léxico especializado empleado por los personajes, que implican conocimientos sólidos en esta materia, descubrimos la envergadura y el riesgo de esta puesta en escena.

Creo que el director y responsable de esta versión, Ernesto Caballero, ha superado estos obstáculos, realizando un trabajo serio e interesante. Los textos de la época que introduce están plenamente justificados. Por ejemplo, para mostrarnos lo ridículo y efectista de aquellos dramas objeto de la execración moratiniana pone sobre las tablas la escena final de La destrucción de Sagunto de Gaspar Zavala y Zamora. También se nos informa de un curioso bando de 1790 que contextualiza la polémica literaria de esta comedia.

El trabajo de los actores es notable. Sobresalen Vicente Colomar (Anibal/Don Hermógenes) y José Luis Esteban (Don Pedro de Aguilar). Me parece muy acertado el uso del mimo y de la técnica del "congelado" en algunos momentos de la representación. Más controvertida, sin embargo, estimo la decisión de cerrar la obra con un guiño a nuestra triste actualidad televisiva o cinematográfica. En fin, supongo que es un peaje de la insolente posmodernidad. ■